

gado por respeto humano, pero á quien permanecia interiormente unido, produjo en él un sentimiento profundo de santa penitencia, por la cual fué santificado y fortificado para que pudiese confirmar á sus hermanos y ser inflamado en aquella ardiente caridad, que le valió que el Hijo de Dios, *el príncipe de los pastores*, le eligiese con preferencia á todos los apóstoles, para *apacentar sus corderos y ovejas*. (San Juan, XXI, 16 y 17).

Y no se diga: Allí oraba el Hijo de Dios; mas ¿qué puede nuestra intercesion? Su gracia es de aquel que ora con fervor y con fé. La oracion perseverante del justo puede mucho, como dice Santiago. (Epist. católica, V, 16). ¿Y no seria de ningun valor en nuestra intercesion? ¿No nos auxilia el Espíritu Santo *con gemidos inefables*, cuando pedimos por nuestro hermano con amor, y *el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo*. (Ad Rom., V, 5, y VIII, 26)?

Si en este lugar se hubiera roto el hilo de la narracion en el Evangelio, ¿no estaríamos tentados por preguntar qué añadió nuestro Señor despues de haber terminado esta oracion, si en su discurso volvió á tocar alguna peticion en particular, y cuál fué ésta? ¿Sería sobre la santificacion del nombre de Dios, sobre el advenimiento de su reino, sobre el cumplimiento de su voluntad, ó sobre la miseria ó las necesidades del hombre? ¿Qué aplicacion haria de lo que habia dicho? Escuchémosle: "Porque si perdonáreis á los hombres sus faltas, tam-

bien vuestro Padre celestial os perdonará vuestros delitos. Mas si no perdonáreis á los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados. (San Mat., VI, 14 y 15)."

Ved cómo lo refiere todo á la caridad, al amor del hombre, que es polvo y ceniza, como el que ora; pero por quien murió el Hijo de Dios lo mismo que por él, y su alma fué criada para la eternidad como la suya, debiendo amarle por *amor de Dios*. De esta caridad habla nuestro Salvador, y de la misma habla el discípulo amado cuando dice (Epist. I de San Juan, II, 10): "El que ama á su hermano, permanece en la luz, y el escándalo no está en él." Y en otro lugar (Ibid., IV, 7 y 8): "Amados míos, amémonos mutuamente, porque la caridad viene de Dios; y todo el que ama, ha nacido de Dios y conoce á Dios. El que no ama, no conoce á Dios, porque Dios es caridad."

#### CAPITULO XIX.

AYUNO VERDADERO.—TESORO EN EL CIELO.—

CUIDADOS DE ESTA VIDA.

Antes de enseñar nuestro Señor el modo de orar á los que le escuchaban, quiso precaverlos contra el modo farisaico de hacer limosna, y contra su oracion hipócrita, tan abundante en palabras como vacía de sentimientos; y despues de enseñarles el *Padre nuestro*, continuó hablando del ayuno, con el mismo espíritu con que habia hablado de la limosna y de la oracion.

“Cuando ayunais, no os pongais tristes como los hipócritas, porque ponen sus rostros extenuados para manifestar á los hombres que ayunan. En verdad os digo, que recibieron su recompensa. Mas tú cuando ayunas, perfuma tu cabeza y lava tu rostro (\*) para que no vean los hombres que ayunas, sino tu Padre que está en lo oculto; y tu Padre que lo ve en secreto, te lo recompensará (en público). (San Mateo, VI, 16 á 18).”

Nuestro Señor no habla aquí sin duda del ayuno prescrito por la ley, sino del voluntario. Con el ayuno prescrito por la ley, no se podía lucir delante de los hombres, ni podía ni debía ocultarse, porque estaba mandada su observancia. Lo mismo sucede entre nosotros, porque tenemos también ayunos prescritos por la Iglesia, y asimismo hay personas que suelen guardar ayunos voluntarios. El ejemplo de Jesucristo y la honorífica mención que hace de la virtud del ayuno, le dan mucho realce si se observa con buen espíritu. El Señor mismo ordenó en cierto modo el ayuno de la Iglesia, cuando predijo que los suyos ayunarian después de su muerte. “¿Pueden ayunar los amigos del esposo, mientras el esposo está con ellos?” decía cuando le preguntaban por

(\*) No se ha de entender esto á la letra, como lo observa San Juan Crisóstomo. El sentido verdadero de estas palabras es, que así como los antiguos se perfumaban y lavaban la cara en los días de alegría y de festejo, de la misma manera debemos hacer brillar en nuestro rostro una santa alegría el día que ayunamos, para esconder nuestro tesoro, y estorbar que la vanidad nos arrebaté el mérito de nuestro ayuno. (Nota del Ilmo. Scio al cap. 6.º de San Mateo).

qué no ayunaban sus discípulos como los del Bautista y los fariseos. “No pueden ayunar mientras que tienen en su compañía al esposo; pero llegarán los días en que les sea quitado el esposo, y entonces ayunarán. (San Mateo, IX, 14, 15, San Marcos, II, 18 á 20, y San Lucas, V, 33 á 35).”

Respecto de este ayuno hay diferentes grados de hipocresía, lo mismo que respecto de la oración, de la limosna y de otras buenas obras de esta clase. Puede uno aparentar que practica el acto, sin que por eso le haga en realidad; error grosero de que no se trata aquí. Así, puede uno tener el aire triste, mudar de semblante delante de ciertas personas, y á pesar de eso, hartarse delante de otras. Semejantes hipócritas saben que son unos bellacos, y una amonestación no les aprovecharía de nada.

Hay otros que oran, hacen limosna y ayunan; pero con la única mira de ser notados de los hombres: estos también son hipócritas, y así eran muchos fariseos. En otros la intención está dividida: creen agradar á Dios, y oran, ayunan y hacen limosna; pero al mismo tiempo, no sienten que los vean los hombres. Este modo de practicar las buenas obras, tiene varias gradaciones, la última de las cuales toca en la hipocresía: otros por el contrario, con buena voluntad y sin tener en el corazón la simplicidad pura del Evangelio, se mantienen todavía en el escalón superior.

Por último, se ven algunos que oran por amor de Dios,

que ayunan y hacen limosnas sin miramiento á los hombres; pero tambien sin espíritu de caridad, y se figuran falsamente, que esta simple accion puede agradar á Dios en sí misma, sin pureza de intencion y sin humildad. El apóstol San Pablo trata de prevenirnos contra este error, cuando dice (Epist. I á los Corintios, XIII, 1 á 3): “Si yo hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, mas no tuviese caridad, seria como el bronce que suena, ó como el címbalo tañido. Y si tuviese el don de profecía, y penetrase todos los misterios y todas las ciencias, y tuviese toda la fé, de modo que trasladase las montañas, si no tengo caridad, no soy nada. Y si distribuyese todas mis riquezas para sustentar á los pobres, y entregase mi cuerpo para ser quemado, mas no tuviere caridad, de nada me sirve. (Epist. I á los de Corinto, XIII, 1 á 3).”

San Pablo habla aquí del amor del prójimo; pero de un amor, que como lo prueba el contexto, es enteramente puro y tiene su origen en el amor de Dios, y nos le recomienda tantas veces y de un modo tan eficaz, diciendo: “Pero sobre todo, tened caridad, que es el vínculo de la perfeccion. (Epístola á los Colosenses, III, 14).”

Si en tanto son aceptables á Dios y verdaderamente buenas todas las acciones, en cuanto nacen de una intencion que le agrada, de la caridad, es consiguiente que quebrantamos esta misma caridad, siempre que juzgamos temerariamente á nuestro prójimo, y le acusamos de hipocresía, cuando tal vez solo se ha deslizado en su

intencion *alguna* imperfeccion que disminuye el precio de su obra; cuando tal vez la pureza y el ardor de su corazon, y hasta el desvío de todas las criaturas, le han hecho imprudente; cuando por fin no descubria á los ojos de los hombres, mas que un fervor de piedad ó de afecto, ó una mortificacion saludable de la carne, ú otra mortificacion mas dificil y meritoria, la de la voluntad, no pensando, en la verdadera simplicidad de su corazon; que nadie le observase.

“No atesoreis tesoros en la tierra, donde el orin y los gusanos los destruyen, y donde cavan los ladrones y los hurtan; mas atesorad tesoros en el cielo donde ni el orin, ni los gusanos los destruyen, ni los ladrones cavan y los hurtan. Porque donde está tu tesoro, allí está tu corazon (\*). (San Mateo, VI, 19 á 21).”

Nuestro Señor nos precave, no solo contra el apego á las riquezas perecederas, y á las vanidades que llaman la atencion, sino tambien contra el apego á todo lo que es terreno y transitorio; porque el orin del tiempo corroe todo lo que es de este mundo, y el gusano de la inestabilidad devora todo lo que es perecedero. Por las cosas

(\*) Un corazon apegado á las cosas y riquezas de acá abajo, dice San Juan Crisóstomo, es incapaz de entender las verdades que tocan al reino de los cielos: está sordo á las voces del Señor, que declara, que son bienaventurados los pobres de corazon y de espíritu. Lo que se dice de las riquezas, se debe entender de todas las otras cosas, cuyo amor señorea el corazon de los hombres; porque todas ellas están comprendidas bajo de este nombre de *tesoro*, en donde está nuestro corazon. (Nota del Illmo. Scio al cap. 6.º de San Mateo).

terrenas y temporales, se entienden; no solamente las que tocamos con nuestras manos, y descubrimos con ayuda de nuestros sentidos, sino todo lo que se refiere únicamente á la tierra y al tiempo, y todo lo que no se propone por objeto á Dios, como las delicias, los honores mundanos y los sentimientos, por nobles que sean, que no se enderezan al Criador. A la manera, que segun los poetas de la antigüedad, todos los manantiales y torrentes, trayendo su origen del Océano que lleva sus olas al rededor del mundo, vuelven á él y confunden sus aguas con las de aquel piélago inmenso, así tambien el amor de Dios abraza el mundo de los espíritus. Todo lo que debe ser duracion, belleza y bondad, debe tener su origen en él, y derramarse de nuevo en él. Todo lo que no tiene á Dios por principio y fin último, es vanidad.

El que dotó al hombre de razon, el que es *la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*, continúa así su discurso, tan abundante en ideas, y cuya rapidez es tal, que apenas puede comprenderlas el lector atento:

“Tu ojo es la antorcha de tu cuerpo: si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso. Mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Y si la luz que hay en tí son tinieblas, ¡cuán grandes serán las mismas tinieblas (\*)! (San Mateo, VI, 22 y 23).”

(\*) Tu ojo es respecto de tu cuerpo, como una lámpara que lo ilumina. Si este ojo es sencillo, esto es, está limpio y sano, *todo tu cuerpo se-*

Se ve que el Hijo de Dios *que formó el ojo*, como dice el Salmista, y que *ilumina á todo hombre que viene á este mundo*, habla aquí en parábola. Sin la antorcha de los ojos, todo el cuerpo está sepultado en las tinieblas. La antorcha del alma es la razon, que puede guiar al hombre en las cosas temporales, con ayuda de la luz que el soplo de Dios encendió en el hombre. En las cosas divinas es necesario que Dios le ilumine de un modo particular. “Tú eres, Señor, dice David (Salm. XVII, v. 31), el que haces lucir la antorcha que me alumbrá: ilumina nuestras tinieblas.” Solo la razon ilustrada por Dios, nos pone á nosotros y nuestras relaciones exteriores en su verdadera claridad, es decir, que nos ilumina en nuestras relaciones con Dios. Si aquella no es ilustrada; si yo pienso y obro fuera de lo que *rá alumbrado*, esto es, tu ojo servirá de luz á todos los miembros de tu cuerpo; pero si es malo, esto es, defectuoso, y que no puede ver, *todo tu cuerpo estará en tinieblas*, y expuesto á mil caídas. Y si la luz que hay en tí, si este ojo, que debe ser como la luz, se oscurece y se hace *tenebroso*, ¡cuán grandes serán aquellas tinieblas! esto es, ¡en cuánta oscuridad, y en qué peligro de golpearse estará todo el resto de tu cuerpo, que por sí mismo no es sino tinieblas, habiendo perdido toda su luz? (San Juan Crisóstomo). Así como en el cuerpo, prosigue el Santo, cuando se apaga la luz de los ojos, los otros miembros quedan privados del mayor socorro que tenían para sus operaciones; del mismo modo cuando queda oscurecida la luz del alma, se halla necesariamente sumergida en una infinidad de males. De estas palabras del Salvador debemos aprender, dice San Agustin, que nuestras obras son puras y agradables á Dios, cuando se hacen con un corazon sencillo. Por este *ojo* entiende el Santo la rectitud y pureza de intencion que debe acompañar todas nuestras obras. (Nota del Ilmo. Scio al cap. 6.º de San Mateo).

es relativo á Dios, ando errante en la oscuridad, y mi razon está oscurecida; y entonces ¿qué puedo yo hacer sino obras de tinieblas? La luz de Dios enciende la caridad en el corazón, le ilumina el espíritu con verdades. *Caminar en la luz* (San Juan, I, 7) significa, caminar delante de Dios. Camina delante de mí, y sé perfecto, decia Dios á Abraham. (Génesis, XVII, 1). El que camina delante de Dios, no quiere mas que lo que quiere Dios, y *está en sociedad con Dios*. Esta es la simplicidad verdadera, grande y divina. Job, que caminaba delante de Dios, decia cuando supo que la muerte de sus hijos habia puesto el colmo á sus desgracias: “Dios lo dió, Dios lo quitó: bendito sea el nombre del Señor. (Lib. de Job, I, 21).” El Profeta rey, que caminaba delante del Señor, dice (Salmi. LXXII, 24 y 25): “Porque ¿qué tengo yo en el cielo? Y despues de tí, ¿qué quise sobre la tierra? Desfalleció mi carne, y mi corazón: tú eres el Dios de mi corazón, y mi parte para siempre, ó Dios.” La que es *bendita entre todas las mugeres*, como caminaba delante de Dios, respondió al ángel que le llevaba la nueva mas admirable y sorprendente, que se habia anunciado jamas á una criatura: “Aquí está la sierva del Señor: hágase en mí segun tu palabra. (San Lucas, I, 38).” Esta es la verdadera simplicidad de corazón, que vive, lo ve todo, y ama únicamente con relacion á Dios.

“El hombre tiene dos alas para elevarse sobre las cosas de la tierra (dice el venerable Tomás de Kempis),

que son la simplicidad y la pureza. La simplicidad busca á Dios, y la pureza le halla y le goza. . . . Si no queréis, ni buscáis mas que el cumplimiento de la voluntad de Dios, y la utilidad del prójimo, disfrutareis de la libertad interior.” (*Imitacion de Cristo*).

Recomendando tambien nuestro Salvador esta simplicidad, continúa así: “Nadie puede servir á dos amos, porque aborrecerá al uno, y amará al otro, ó sufrirá al uno, y despreciará al otro (\*). Vosotros no podeis servir á Dios y á Mammon (1). Por lo tanto, os digo, que no os inquieteis, por vuestra vida, de lo que habeis de comer, ni por vuestro cuerpo de lo que habeis de vestiros. ¿Por ventura, no es la vida mas que la comida, y el cuerpo mas que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni encierran en las trojes, y vuestro Padre celestial las sustenta. ¿No sois vosotros mucho

(\*) El uno de estos señores, dice San Juan Crisóstomo, te manda que robes los bienes ajenos: el otro, que des los tuyos. El uno quiere que seas casto; y el otro, que te entregues á la disolucion. El uno te conduce á la glotonería; y el otro te ordena la abstinencia. El uno te inspira el amor de las cosas presentes; y el otro te manda que las desprecies. ¿Cómo podrás unir dos cosas tan opuestas? (Nota del Illmo. Scio al cap. 6.º de San Mateo).

(1) Mammon es una voz siro-caldea, que significa riquezas, bienes terrenos: tambien debia ser el nombre de una diosa de Siria. La voz griega *Plutos* significa asimismo riquezas, y es el nombre del dios de la fortuna. El dios de los infiernos, que en tiempos posteriores se designó con el nombre de Pluton (porque los antiguos griegos no le llamaban así), es bajo esta denominacion el mismo que Pluto, como se ve por el *Dis* de los romanos, porque algunas veces se llama así á Pluton en latin, y *Dis* se traduce por rico.

mas que ellas? Mas: ¿quién de vosotros puede (\*) por su inteligencia, añadir un solo codo á su estatura? Y en cuanto al vestido, ¿por qué os inquietais? Considerad los lirios del campo cómo crecen, y no trabajan, ni hilan. Y yo os digo, que ni Salomon en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Pues si Dios viste así el heno de los campos, que hoy es, y mañana es arrojado al horno (1), ¿cuánto mejor á vosotros, hombres de poca fé? No esteis, pues, cuidadosos, diciendo: ¿Qué comeremos, ó qué beberemos, ó de qué nos vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas. Vuestro Padre celestial sabe que lo necesitais. Buscad, pues, primero, el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura. No os acongojeis, pues, por el dia de mañana, porque el dia de mañana se inquietará por sí mismo: hástale á cada dia su malicia. (San Mateo, VI, 24 á 34)."

La Sagrada Escritura recomienda en muchos lugares

(\*) Vosotros, dice el Salvador, por mas que lo procureis, no podreis hacer que crezca ó se aumente vuestro cuerpo; pues del mismo modo, con todas vuestras inquietudes, no podeis asegurar vuestras cosechas, ni vuestro alimento; de donde se ve, añade el mismo Santo, que no son nuestros cuidados particulares, sino la providencia de Dios, la que hace todas las cosas, aun aquellas en que parece que nosotros hemos puesto mayor atencion y diligencia. La palabra griega significa, por mas que lo solicite y medite con el mayor cuidado. (Nota del Illmo. Scio al cap. 6.º de San Mateo).

(1) En las provincias del Mediodia se acostumbra echar á veces en los hornos, no solo sarmientos secos como en Italia, sino tambien heno, porque se seca muy bien y arde luego como paja.

res, el amor al trabajo. Dios dijo á Adam despues de su caída, y en él á todos nosotros, no solo como castigo, sino como disciplina saludable: "Comerás el pan con el sudor de tu rostro. (Génesis, III, 19)." Y el apóstol San Pablo dice en su Epístola segunda á los de Tesalónica (Cap. III, v. 10), que el que no quiere trabajar no debe comer.

Nuestro Señor, cuya vida no era mas que una serie de afanes y fatigas, está muy lejos de recomendarnos la ociosidad; pero quiere que en todas nuestras ocupaciones tengamos á Dios delante de los ojos, que procuremos agradarle con el fiel cumplimiento de nuestros deberes, y que pongamos despues una confianza filial en él. Trabajemos, pues, en la salud de nuestra alma, al paso que trabajamos en nuestros negocios; y la remuneracion temporal del trabajo, como el sustento, el vestido etc., se nos dará de añadidura. Si todas estas cosas fueran el fin último del trabajo, seria lícito al rico disipar su vida en la inaccion. Mas ¿cuán perniciosa es la ociosidad, especialmente al rico!

El que no trabaja mas que para satisfacer las necesidades corporales, sin dirigir sus miradas hácia Dios, hace servicios para este cuerpo, perecedero, y no encierra nada en los graneros para la eternidad; y el que se acongoja demasiado por su manutencion, olvida al Padre que está en el cielo, y que *da el sustento á los hijuelos de los cuervos que le llaman con sus gritos.* (Salmo CXLVI, v. 9).